

Sebastian Balfour

Abrazo mortal

*De la guerra colonial a la Guerra Civil
en España y Marruecos (1909-1939)*



Sebastian Balfour
Abrazo mortal

De la guerra colonial a la Guerra Civil
en España y Marruecos (1909-1939)

TRADUCCIÓN DE INÉS BELAUSTEGUI

ediciones península

Título original:
Deadly Embrace. Morocco and the Road to the Spanish Civil War

© Sebastian Balfour, 2002, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2002
Primera edición en este formato: mayo de 2018

© de la traducción del inglés: Inés Belaustegui Trias, 2002

Iconografía: Grupo Planeta

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

GAMA - fotocomposición
LIMPERGRAF - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B. 7.530-2018
ISBN: 978-84-9942-699-0

ÍNDICE

Agradecimientos	11
Prefacio a la primera edición	17
Prefacio a la segunda edición	23

PRIMERA PARTE

LA GUERRA COLONIAL

1. La invasión española de Marruecos (1904-1910)	27
2. El mar tranquilo y el viento furibundo	67
3. ¿Un desastre anunciado? La derrota española en Annual	101
4. La forja de un Ejército colonial (1921-1930)	147

SEGUNDA PARTE

LA BRUTALIZACIÓN DE LA GUERRA COLONIAL

1. La historia secreta de la guerra química	207
2. Un Ejército dividido: castas y facciones militares	255
3. El moro como «otro»	294
4. Culturas, condiciones de vida y corrupción	322

TERCERA PARTE
EL EJÉRCITO COLONIAL
DESDE LA REPÚBLICA
HASTA LA GUERRA CIVIL (1931-1939)

1. Represión y conspiraciones	369
2. La reconquista de España	412
Apéndice: Entrevistas realizadas entre 1998 y 2001	485
Notas	489
Bibliografía	557
Índice onomástico	591

LA INVASIÓN ESPAÑOLA DE MARRUECOS (1904-1910)

Diez años después del Desastre de 1898 las tropas españolas entraron en Marruecos. Su primer objetivo era ocupar el rudimentario puerto de Restinga, en la estrecha franja que es la península situada a 19 kilómetros al sur del enclave español de Melilla, al nordeste de Marruecos. La operación se inició en la mañana del 14 de febrero de 1908. Dos compañías y una brigada disciplinaria partieron de Melilla en un cañonero y una embarcación correo bajo el mando del gobernador general de Melilla, el general José Marina. Al amanecer, bajo una lluvia intensa y con viento frío, cuatro lanchas cruzaron el mar revuelto en dirección a la costa, y al llegar a una distancia prudencial, los soldados saltaron al agua y alcanzaron tierra.

El ataque militar que siguió fue una farsa orquestada. El charif o jefe local, El Rogui, opuso una resistencia simbólica para convencer a sus paisanos de que estaba en contra de la incursión española en su tierra. Sus jinetes galopaban repartiendo disparos salvajes a diestro y siniestro, mientras Marina ordenaba abrir fuego esporádico de ametralladoras y cañones desde el cañonero. Sin que ninguno de los bandos sufriera bajas, las tropas españolas alcanzaron el puerto e izaron la bandera española en el pequeño hangar.¹

Aquella operación señaló el comienzo de la invasión de Ma-

rruecos por el Ejército español, que acabaría ocupando toda la región norteña hasta 1956. A diferencia de la guerra entre España y Marruecos de 1859-1860, esta operación no estaba pensada para derrocar al sultán, pero ni él ni su Gobierno fueron consultados al respecto. Tampoco iba dirigida contra su adversario, el pretendiente al trono, El Rogui. Ni se trató, al menos en ese primer momento, de una acción para expandir el poder. Más bien, era la consecuencia de una obligación internacional contraída por España.

La nueva incursión en Marruecos era el resultado directo de la inseguridad que sentían sus elites políticas tras la guerra hispano-americana de 1898. España había perdido los restos que le quedaban de su, en otros tiempos, vasto imperio después de que las guerras coloniales de Cuba y Filipinas se hubieran convertido en una confrontación militar desastrosa con Estados Unidos. Alejada del sistema de relaciones internacionales durante el último cuarto del siglo XIX, España había confiado fatalmente en sus conexiones dinásticas y religiosas para proteger sus colonias de los depredadores externos.² Después del Desastre, España había tratado de reintegrarse en un puesto seguro dentro de la cambiante red de alianzas internacionales, con la idea de proteger su metrópoli y sus islas y enclaves de la creciente competencia existente entre las grandes potencias.³ Con una franqueza poco habitual en la correspondencia diplomática, el ex primer ministro conservador Francisco Silvela escribió así al embajador francés en 1903: «El evidente deber de los hombres que se hallan a la cabeza de las fuerzas políticas de España es terminar con el aislamiento en que se encuentra nuestra política exterior. Nuestra ubicación geográfica nos impone serias responsabilidades, no solo hacia nuestra propia nacionalidad y hacia el futuro de nuestro país, sino también en relación con otras potencias...».⁴

De una política de retiro de la escena internacional, España pasó a una activa búsqueda de aliados y tratados. Esta búsqueda se vio facilitada precisamente por la extrema debilidad en que se encontraba España después de la guerra, que había despertado el temor entre las potencias europeas a que algún competidor sali-

do de sus mismas filas se hiciera con ventaja sobre el resto. Francia estaba especialmente preocupada con su seguridad si España alcanzaba un acuerdo con otra nación, cosa que comprometería la situación del puerto español de Ceuta en la costa marroquí, justo frente a Gibraltar, y el de Mahón, en Menorca, a mitad de camino de las rutas marítimas francesas entre Argel, Orán, Córcega y Tolón.⁵ Las relaciones hispano-británicas seguían siendo tensas debido a que el Gobierno británico se había puesto de parte de Estados Unidos, de manera informal, durante la guerra hispano-americana, cuando dificultó el paso de una tercera flota española a través del canal de Suez que se dirigía rumbo al escenario bélico en Extremo Oriente. Durante el combate, España fortificó sus defensas en Algeciras frente a Gibraltar, aumentando así la tensión que persistió después de la guerra.⁶

La competencia colonial entre las potencias europeas se centraba sobre todo en el reparto del continente negro. La pelea por las colonias africanas, mantenida desde la década de 1870, había desembocado en negociaciones intensas entre ellas.

Alemania, un agente nuevo y agresivo en el panorama internacional, se estaba metiendo a la fuerza en esferas tradicionalmente consideradas como exclusivas de las viejas potencias. Gran Bretaña y Francia habían empezado a aparcarse sus diferencias tras la retirada de esta última del este de África y del Nilo en 1898. En negociaciones posteriores los franceses accedieron a limitar sus empresas coloniales en África a Argelia, Túnez y Marruecos.⁷ Por su parte, Gran Bretaña, a pesar de su creciente acercamiento, deseaba evitar que los franceses invadieran la costa norte de Marruecos, ya que desde allí podrían plantear un serio peligro para el control británico del estrecho de Gibraltar y con él la ruta del Imperio británico hacia India y Extremo Oriente.

Habiendo firmado un tratado con España en 1900, en el que reconocía las posesiones de esta en Guinea y Sahara Occidental (frente a las islas Canarias), Francia pretendía, en sus negociaciones secretas de dos años después, atraerla a una nueva alianza con la que reforzar su posición frente a Gran Bretaña. En dichas conversaciones, Francia ofreció compartir esferas de in-

fluencia en Marruecos, a sabiendas de que la expansión colonial francesa en el área no sufriría serias limitaciones estando España tan debilitada como estaba.⁸ El Gobierno español se retiró de las negociaciones por temor a disgustar a Gran Bretaña. Sin embargo, sin que los políticos españoles supieran nada, Gran Bretaña había estado manteniendo conversaciones secretas con Francia en las que se había asegurado la asignación de una esfera de influencia para España en Marruecos como medio de taponar la expansión francesa hacia la costa de enfrente de Gibraltar.

Pero fueron sobre todo las ambiciones alemanas en el norte de África las que propiciaron el acercamiento franco-británico. En las negociaciones que condujeron a la Entente Cordial de 1904, en las que no se invitó a España a participar, se acordó que le entregarían una esfera en el norte de Marruecos. Habiendo fijado así la cuestión con Gran Bretaña, Francia redujo el área que había propuesto conceder a España en 1902 en casi un cincuenta por ciento. En un tratado posterior entre Francia y España, esta aceptaba una esfera de influencia que abarcaba apenas un quinto del territorio marroquí, unos 22.000 kilómetros cuadrados.

La porción de tierra que se le garantizó a España como esfera de influencia estaba dominada por las montañas del Rif, una gran cordillera de tierra caliza que se extiende desde la costa mediterránea y ocupa unos 300 kilómetros a lo largo de la estrecha franja horizontal. Con alturas de hasta 2.500 metros, la cordillera forma una barrera natural entre Europa y África que, junto con el Sahara, separa la mayor parte del territorio marroquí de Argelia y del resto del Magreb. Hacia el sur de dicha esfera las montañas dan paso a valles y crestas antes de alcanzar la zona francesa, mientras que por el oeste se elevan hasta alturas espectaculares, salpicadas aquí y allá de profundos valles atravesados por ríos torrenciales, para descender a los llanos de la costa atlántica. El terreno ofrece una variedad increíble, desde las numerosas faldas cubiertas de bosque en las montañas del sur y del oeste hasta las zonas de arbusto y olivos de la franja mediterránea y los peñascos áridos y los valles desnudos del Rif oriental.

El clima también está sujeto a cambios extremos. En la ma-

yor parte de la zona oeste y sur, la lluvia del invierno es muy intensa y hace crecer el caudal de los arroyos y ríos, a su vez cargados con agua del deshielo que baja hacia el mar o hacia la zona francesa, mientras que el este suele tener un clima muy irregular que pone en peligro las cosechas. Las temperaturas pueden llegar a bajo cero en invierno, incluso en los valles, y subir hasta niveles insostenibles en verano. Todo ello, unido a sus muy primitivas rutas y caminos, no la convertía precisamente en la región más favorable para las operaciones militares, ni aun de una potencia militar de primera línea. Por el contrario, Francia se había otorgado a sí misma no solo la mayor parte del territorio marroquí sino además la más fértil y pacífica. Miles de kilómetros cuadrados de ricas tierras de cultivo, regadas por los ríos que descienden de las cumbres de los sistemas montañosos del Rif y del Atlas, y con ciudades y paisajes controlados sobre todo por el sultán y su Gobierno.

El área española estaba habitada mayoritariamente por tribus bereberes, que se diferenciaban de las tribus árabes vecinas más por el idioma que por sus rasgos étnicos, y que tenían la misma religión que ellas, el islam. Con el resto de los habitantes indígenas de la esfera de influencia española, sumaban unos 750.000, en 1904. Cuando los españoles analizaron el territorio que se les había otorgado, distinguieron cinco áreas que después serían la base del Protectorado español. El territorio del extremo occidental fue definido como el Lukus, y en él se hallaba el puerto atlántico de Larache. En el noroeste se encontraba el área de Yebala, donde estaba la que sería después la capital del Protectorado, Tetuán, y donde en el futuro se desencadenaría gran parte de la resistencia contra la penetración española. Ambas áreas habían vivido bajo una considerable influencia árabe, y la mayoría de sus tribus hablaban dicho idioma. Al este de Yebala estaba la región de Gomara, con la ciudad santa de Xauen, y en la sección central de la esfera se encontraba la parte más impenetrable, que los españoles denominaron Rif, y cuyas tribus hablaban el dialecto bereber *chelja*. Por último, la región más oriental de la esfera de influencia, cerca del enclave español de Melilla, fue denomi-

nada Kert, por el río que atravesaba gran parte de la región, y cuyas tribus también hablaban *chelja*.

A pesar de su fama de incontrolables, las tribus bereberes de las montañas mantenían contactos con el Gobierno del sultán y pagaban sus impuestos o tributos a través de sus jefes tribales. Las fuerzas del sultán ejercían poco control sobre el orden público en el corazón del Rif, pero solo se producían revueltas esporádicas cuando se trastocaba el equilibrio de poder dentro del área o entre las tribus del Rif y la autoridad central. Así pues, lejos de ser una región sin ley, salvaje e impenetrable, como lo pintaban algunas crónicas españolas algo exageradas, la mayor parte del Rif estaba conectada con el resto de Marruecos a través de las rutas comerciales y de los mercados regionales.⁹

En una cláusula secreta del tratado hispano-francés de 1904, ambas naciones se otorgaban a sí mismas la libertad de intervenir en sus esferas de influencia si el Estado marroquí no lograba mantener el orden, o daba muestras de «impotencia persistente», o si se hacía imposible mantener el *statu quo*. Francia había empezado a invadir Marruecos desde su base en Argelia para poner fin a las frecuentes incursiones de tribus marroquíes fronterizas en su colonia. Bajo el nuevo comandante, Lyautey, el Ejército colonial francés del norte de África se transformó en una eficaz fuerza de combate, integrada principalmente por las denominadas tropas indígenas procedentes de diversas partes del imperio francés. Sin nexos de unión con la población local, ni por raza ni por religión, dichos contingentes contaban con la ventaja añadida de ser más aptos que las tropas europeas para enfrentarse al difícil paisaje de gran parte de Marruecos. La política de penetración pacífica defendida en el Quai d'Orsay había dado paso en 1904 a una estrategia militar predominantemente de conquista, cuando Lyautey, respaldado por el partido colonial francés, convenció al Gobierno francés de que era la única solución a la creciente anarquía de Marruecos.¹⁰

La presión alemana contraria a la expansión francesa en el norte de África desembocó en la celebración de la Conferencia

de Algeciras en 1906, en la que Alemania se encontró aún más aislada por la alianza franco-británica. El tratado resultante estipulaba que Marruecos debía quedar abierto al comercio internacional y que quedaría garantizada la soberanía del sultán. Las trece potencias participantes en la conferencia encargaron a Francia y España la tarea de asegurar que el Estado marroquí, el majzén, dominara sus esferas respectivas. Lo que implicaba dicha tarea iba a ser interpretado de forma diferente por los gobiernos español y francés. Un año después, en el Pacto de Cartagena de 1907, España quedó ligada a la Entente mediante la firma de una garantía mutua entre Gran Bretaña, Francia y España contra la expansión alemana en el norte de África. En Marruecos en sí, el efecto principal del Tratado de Algeciras fue la desintegración de la autoridad del sultán Abdel Aziz, que había rubricado el tratado bajo presión de las grandes potencias. La rápida invasión de Marruecos por parte de la diplomacia y del comercio europeo incitó una nueva guerra santa contra el cristiano.

Así pues, lo que condujo a España a asumir un papel en Marruecos en representación de las potencias europeas fue, sobre todo, la sensación de hallarse en una posición de inseguridad estratégica después del Desastre de 1898 y la creciente competencia entre esas potencias. Según León y Castillo, el embajador liberal en Francia en 1901: «Marruecos para nosotros no es simplemente una cuestión de honor, sino un asunto de seguridad nacional y fronteriza».¹¹ Algunos políticos españoles eran conscientes también de los costes potenciales y de los riesgos que aquella decisión comportaba. Poco después de la caída de su Gobierno en 1912, el primer ministro responsable de la retirada de las conversaciones secretas con Francia, Francisco Silvela, declaró: «[...] debemos desterrar de entre nuestras preocupaciones la de que la situación de Marruecos [...] sea beneficio y riqueza para nosotros, cuando, por el contrario, es motivo de pobreza, de esterilidad y de estancamiento para España, y lo aceptamos y lo debemos mantener tan solo por evitar males mayores de orden político e internacional».¹²